

## D O S S I E R

## *La intervención psicomotriz: una forma de acompañar la construcción de la identidad de la persona*

JOSEP ROTA IGLESIAS  
Psicólogo y psicomotricista

**Nota:** Este artículo es una parte de una ponencia, que el autor leyó en el marco del «V Seminario Internacional» de la Asefop, celebrado en Palma de Mallorca, los días 10 y 11 de febrero de 2012.

Los psicomotricistas sabemos que, cuando hablamos de “intervención psicomotriz”, nos referimos a lo que llamamos también las “fases de intervención”. Para mí este discurso de las fases es como un pozo sin fondo; cuanto más reflexionas sobre ellas a partir de la práctica, más sentido encuentras en lo que se refiere a su utilización.

En nuestra práctica, sabemos que el sentido de nuestra intervención tiene que ver con los contextos teóricos dentro de los que nos movemos. Una teoría que nos abre también a la significa-

ción de los parámetros de la expresividad motriz de los sujetos con los que intervenimos desde la práctica psicomotriz.

En esta ponencia, voy a referirme precisamente a algunos conceptos teóricos que pienso que dotan de significado y justifican la utilización de estas fases de intervención.

Me referiré a:

- La teoría del vínculo, que definió por primera vez el psiquiatra infantil inglés John Bowlby.
- Dentro de esta concepción teórica del vínculo, la aportación de un neuropediatra catalán, el Dr. Jubert, hablando del proceso de socialización del niño.
- Una conceptualización teórica sobre el “actopoder”, elaborada por Gerard Mendel, un socio analista francés.
- Dentro del campo de la psicología dinámica, la significación de las identificaciones primarias y secundarias.
- Una aportación teórica de una psiquiatra catalana, la Dra. Llúcia Viloca, sobre el proceso hacia la capacidad de simbolizar a partir de la sensorialidad, pasando por los pre-símbolos.

Me referiré ahora, de una forma muy sintética y a modo de recordatorio, a las fases de intervención, antes de entrar en cada uno de los contextos teóricos enunciados.

Entiendo las fases como una estrategia de intervención que acompaña y sostiene el proceso de maduración de la persona. Un proceso de maduración que tiene que ver con la vinculación, el proceso de separación, el acceso a la autonomía y la consolidación de la identidad a través de la dinámica de las identificaciones. Cuando

# D O S S I E R

hablo de autonomía, me estoy refiriendo a un proceso de diferenciación y separación de las figuras significativas y referentes que han acompañado y acompañan todo nuestra historia de relación. Nuestra autonomía nunca acaba de consolidarse y siempre nos estaremos diferenciando, mientras dure esta historia de relación. Esta dinámica origina un grado de angustia, que en una evolución armónica es la que sustenta el deseo y la pulsión, que se traducen al exterior a través de la expresividad motriz. Cuando esta historia de diferenciación no se ha producido de una forma suficientemente armónica, es cuando aparecen los excesos en la expresividad motriz del sujeto. Excesos que tienen como función el compensar y atenuar la angustia provocada por esta historia de relación no suficientemente acompañada y sostenida.

Las fases tienen, pues, esta finalidad: la de atenuar y permitir al sujeto que elabore la angustia que le supone su andadura por el proceso de construcción de su identidad. Es una dinámica que permite al sujeto, como digo, asegurarse frente a la angustia que todo esto le supone y en este sentido hablamos de juegos de reaseguramiento. En un principio, estos juegos se dan en una dinámica de relación con el adulto, donde el niño necesita ser acompañado y sostenido por él.

Este primer período de maduración psicológica del niño lo divido en dos etapas: la etapa pre-simbólica y la etapa simbólica. Entiendo por capacidad simbólica, desde un punto de vista cognitivo, cuando uno es capaz de referirse a algo que en este momento no está presente.

Trasponiendo esto al campo de la psicomotricidad, la etapa pre-simbólica se refiere a todos aquellos juegos y actividades que el niño realiza y en los cuales el adulto tiene que estar presente para que éstos adquieran su significación. Será más adelante, cuando el niño haya adquirido la capacidad simbólica, que podrá jugar a identificarse con personajes que no están presentes en el lugar físico de su juego.

Dicho esto, paso a referirme a cada una de las contextualizaciones teóricas que he señalado, que pienso que, junto con otros contextos teóricos, fundamentan y significan nuestra práctica.

## La teoría del vínculo

Como he dicho antes, fue John Bowlby, psiquiatra infantil inglés, quien creó la teoría sobre el vínculo en el desarrollo evolutivo del niño. Bowlby, en una carta dirigida a René Zazzo, expresa: «...si queremos comprender como el niño realiza su desarrollo, la única manera es observar cómo se le trata durante su infancia como ser humano, y no basarnos exclusivamente en la relación de nutrición de los primeros momentos...».

Comprometido en el estudio de estas primeras relaciones materno-filiales, Bowlby se muestra claramente interesado por la teoría psicoanalítica de las relaciones objetales. Interesado e influenciado también por los etólogos, sobretudo por Lorenz y Harlow, en el año 1959 sustituye la denominación «dependencia emocional» por la de «vinculación» «vínculo». De esta forma, empieza a tomar cuerpo la hipótesis de la existencia en los humanos de sistemas innatos de

# D O S S I E R

respuesta, que permiten la autonomía, por parte del bebé, en el establecimiento de lazos de unión con la madre, parecidos al fenómeno de la «encuñación», descrito en la especie animal.

En este edificio teórico que se iba construyendo, quedaba un punto oscuro: el de la inmadurez del infante humano, tanto a nivel perceptivo como motriz. De esta manera, el vínculo filio-maternal, equiparable a las conductas de seguimiento de los animales, puede solamente situarse a partir de los 6 meses de edad. Antes, son las acciones de la madre las que aseguran y preservan las aproximaciones del hijo.

Un neuropediatra catalán, el Dr. Jubert, junto con dos colaboradores suyos, tiene hecho un estudio sobre el desarrollo de la sociabilidad en el niño, a partir de la evolución del vínculo, desde los 0 a los 3 años.

Me interesa referirme a ello brevemente, ya que en la intervención psicomotriz, tanto educativa como terapéutica, hay que conocer y tener en cuenta este desarrollo evolutivo, como una de las muchas pautas referenciales de nuestra intervención.

El Dr. Jubert señala un **primer estadio en el desarrollo de la sociabilidad**, que va de los 0 a los 6 meses. Lo que primero se constata es la inmadurez perceptiva y motriz del neonato. Al igual que apuntara Bowlby, el Dr. Jubert plantea la hipótesis de la *encuñación* en sentido inverso: sería el bebé que encuñaría a la madre y serían precisamente los adultos los que exhibirían pautas de seguimiento detrás de sus crías. Este tipo de encuñación adquirirá un valor de pre-requisito para todas las secuencias de desarrollo

ulterior.. El caso de los niños institucionales, sin esta «figura encuñable», sería un ejemplo de las graves consecuencias posteriores que pueden producirse.

Hay una clara distinción entre la «encuñación» y el «vínculo». La encuñación supone:

- Una unión inmediata y duradera entre el sujeto y el «objeto» emisor de estímulos.
- La precocidad de su aparición.
- Su base innata.
- Una persistente conducta de seguimiento.

El vínculo, en cambio, supone:

- Una aparición diferida, en función de la inmadurez característica de los humanos.
- La internalización del «objeto», o adulto maternante, y que es producto y consecuencia de un progreso en el desarrollo.
- Unas conductas mucho más complejas que una simple conducta de seguimiento.

A partir de los 6-8 meses, aparecen nuevas capacidades en el niño. Entre ellas, hay que señalar su *nueva capacidad relacional*, gracias a la cual el niño será capaz de reclamar de una forma intencionada la atención de una figura maternante selectiva. En esta nueva relación, el niño toma un papel activo en el reclamo y establecimiento de este contacto selectivo.

Según Jubert, este lazo filio-maternal selectivo es el componente esencial de este **segundo estadio del desarrollo de la sociabilidad**, y sólo a él se le puede clasificar como vínculo. Este segundo estadio abarcaría el período comprendido entre los 6 y los 18 meses.

Como indicadores de la dinámica que regula este vínculo, se señalan:

# D O S S I E R

- La protesta por la separación.
- La reducción de la ansiedad.
- La construcción de una base segura de confianza y de bienestar con la persona vinculante.

Este vínculo firme y seguro le permite al niño explorar y alejarse, con la seguridad y la confianza puestas en una madre «presente», a la que puede recurrir en el caso necesario. Justamente, la aparición de esta capacidad de autonomía es un indicador claro de la existencia previa de un vínculo intenso.

## **Tercer estadio: El aprendizaje de la autonomía infantil (18-24 meses)**

Aspectos más característicos de este estadio:

- La debilitación o inhibición de la conducta de seguimiento por parte de la madre.
- La tendencia del infante a explorar todo su entorno.

Una exploración que sólo será posible, como decía, si el sujeto puede retornar cuando lo necesite a esta base segura de la persona vinculante.

La autonomía no supone ni ausencia ni evitación. Presupone presencia y seguridad. La inseguridad bloquea el desplegamiento de la curiosidad y de los impulsos lúdicos e imitativos. Cuanto más seguro se sienta el niño, más autónomo será.

El niño hace el aprendizaje de su autonomía durante los dos primeros años de vida. Una autonomía que le posibilitará una relación entre sus iguales, a partir del inicio del 3er. año. Antes, las relaciones preferentes han tenido lugar con sus figuras vinculantes; una vinculación que, en el

caso positivo, habrá permitido el camino desde el apego hasta la capacidad de la propia iniciativa.

## **El «acto-poder»**

Gérard Mendel, un socioanalista francés, en su libro «El psicoanálisis revisitado», crea el concepto de «acto-poder», como un hito evolutivo característico de la segunda infancia del niño, de los 12/15 meses hasta los 3 años y medio. Según él, es el gran período de transición del ser humano. En efecto, en estos momentos el niño pasa de una primera organización psíquica que se encuentra bajo el signo del *fantasma*, a una segunda organización que se centra en el *acto*. Gérard Mendel se refiere a la «pulsión de apoderamiento» de Freud, que rige el famoso juego del carretel de un niño de 18 meses, que él describió. El niño se vuelve dueño de la situación, tomándole a la madre el poder que tiene para desaparecer y luego reaparecer. La madre, que en la primera organización psíquica, había vivido como una parte de él, no separada, fusionada, ahora se vuelve independiente, separable, cortable.

El placer, la pulsión de placer, como dice Gérard Mendel, que el niño siente en este “juego de aprendizaje de la separación”, es debido a que la madre le manifiesta su amor, cuando está presente y que éste no se siente agobiado por el abandono.

Gérard Mendel insiste en que esta pulsión de apoderamiento no interesa solamente a la vertiente fantasmática del desarrollo psicológico del niño; es decir: la transformación de la imagen

# D O S S I E R

materna interiorizada, la captación fantasmática del poder de esta imagen, el control de la pérdida del amor maternal. Esta pulsión de placer viene a investir el aprendizaje de la acción sobre la realidad, no sólo interior, sino también la exterior. Como dice él, textualmente, "...el juego del carretel representa una verdadera actividad en la realidad exterior; una actividad que hace entrar en juego a la psicomotricidad, al lenguaje y al dominio de un objeto exterior real..... El niño de este juego dispone de un verdadero poder, de un poder objetivo sobre su acto y, a la vez, debido a este acto, experimenta placer al colocar en relación, de manera eficaz, su acto con el mundo exterior."

Me he referido a esta aportación, dentro del tema-marco de la vinculación, porque el "acto-poder" es un hito al que se llega por el camino de la vinculación, y porque en la intervención terapéutica psicomotriz ayudamos a que los sujetos puedan llegar a ejercer su acto-poder, puedan llegar a ser sujetos de acción, entendiendo a ésta como la capacidad de dominar y de transformar la realidad externa. Tal como señala Bernard Aucouturier, un ser de acción es el que tiene capacidad de transformación; una transformación de la realidad externa, a través de la manipulación de los objetos y del espacio, que a su vez es reflejo de la posibilidad de transformación de la realidad psíquica interna.

## Las identificaciones primarias y secundarias

Refiriéndome a este tema de las *Identificaciones*, quiero recordar que las identificaciones prima-

rias se dan en un momento de indiscriminación, de transubjetividad y no de intersubjetividad; un momento de indiferenciación. No está constituido todavía el sujeto psíquico. Estas identificaciones primarias son justamente el fundamento encima del cual va a constituirse dicho sujeto. Las identificaciones secundarias, a su vez, suponen un "yo" ya constituido y que puede establecer las diferencias entre el yo y el no-yo. Sus relaciones, por tanto, son mucho más discriminadas que las propias de la identificación primaria. Suponen un psiquismo estructurado y diferenciado.

## De la sensorialidad a los pre-símbolos

Quiero hacer referencia a un apunte teórico, muy significativo para nosotros los psicomotricistas, y que la Dra. Lúcia Viloca trata en su libro sobre la detección y tratamiento de los niños autistas. En el proceso de separación, el bebé utiliza unos objetos, que tienen la función de sustituir a la madre, cuando ésta está ausente. Estos objetos tienen una marca sensorial, conectada con la emoción producida por la relación con la madre, que los convierte en objetos transicionales. La Dra. Viloca habla de ellos como pre-símbolos, que pueden sustituir a la madre, pero no la reemplazan.

Imaginemos la situación de la mamá que alimenta a su bebé, «lo sostiene en brazos, le permite un contacto piel a piel con el pecho, le habla cariñosamente, mientras fija, con ternura, su mirada en la mirada del bebé. Es decir, esta madre al relacionarse con su bebé integra una serie de

# D O S S I E R

sensaciones, que éste recibe por el tacto, la vista y el oído, a la vez que a través de éstas le transmite calidez y ternura, es decir, también integra las emociones. El bebé introyecta en su interior esta experiencia y la reproduce en su cunita cuando ya no está en brazos de su mamá, buscando el contacto del contorno del chupete, emitiendo un sonido, que hace pensar en la emoción de la ternura del contacto madre-bebé «.

Hablando precisamente del niño autista, parece que existen unas causas neurológicas que no han permitido al niño introyectar, es decir almacenar en su mente estas sensaciones de la relación con la madre integradas con la emoción. Y si se ha dado esta introyección, se ha instalado muy levemente, de tal manera que en su interior todo ha quedado muy frágil. El más pequeño tropiezo con el que se encuentre el niño autista puede derrumbar estas frágiles conexiones, y es cuando el niño recurre a la autosensorialidad para sobrevivir y contener sus angustias.

¿Cómo favorecer esta capacidad pre-simbólica en el niño, que, en esta vivencia de separación, le permitirá una mayor tolerancia a la frustración y un sentimiento interno de seguridad?

La Dra. Viloca habla de la importancia de ayudar a las madres a relacionarse con sus hijos, de tal manera que constantemente conecten las sensaciones que experimenta el niño en su relación con los objetos y las personas, con la palabra y la emoción.

En una práctica terapéutica psicomotriz, utilizamos y nos situamos sobretodo en los juegos de reaseguramiento. Recuerdo el sentido de estos juegos: Son actividades motrices espontáneas,

a través de las cuales el niño experimenta sus competencias motrices y vivencia las sensaciones que éstas conllevan. El psicomotricista acompaña y reconoce todas estas sensaciones. Esta relación provoca el nacimiento de emociones en el niño, que, a su vez, son reconocidas por el psicomotricista. Ésta es una estrategia de intervención que, como vemos, adquiere su significado a partir de lo que ocurre en el proceso de maduración del niño.

## BIBLIOGRAFÍA

- **Bowlby, J.:** «*La etología y la evolución de las relaciones objetales*». Comunicación presentada en el XXI Congreso Internacional de Psicoanálisis. 1959
- **Jubert, J. i cols.:** «*De nadó a company*». Ed. Rosa Sensat. Barcelona, 1988.
- **Mendel, G.:** «*El psicoanálisis revisitado*». Ed. Siglo XXI. Madrid, 1990.
- **Aucouturier, B.:** «*La construcción de la identidad*». Jornadas de Práctica psicomotriz. Barcelona, 2001.
- **Viloca, Ll.:** «*El niño autista. Detección, evolución y tratamiento*». Ediciones CEAC. Barcelona, 2003.
- **Bleichmar, N.:** «*El psicoanálisis después de Freud. Teoría y clínica*». Eleia Editores. México D. F., 1992.
- **Winnicott, D.:** «*Escritos de Pediatría y Psicoanálisis*». Ed. Laia. Barcelona, 1979.